

EL LABERINTO DE LAS METODOLOGÍAS

Ignacio Fernández de Castro

La investigación sociológica en el campo de la educación aparece fuertemente condicionada por la existencia de un “Banco de datos” muy estructurado que ofrece a los investigadores una información de base ya significada y cuantificada, y por la concurrencia de una información abundante, dispersa y variopinta resultado de una multitud de investigaciones parciales de todo tipo que, por las técnicas utilizadas para obtenerla, difícilmente es aplicable más allá de su propio ámbito.

El investigador enfrentado al objeto de su conocimiento, cuando busca en sus representaciones los antecedentes y trata de fijar el punto de partida, se las ve y se las desea. Poco de lo ya existente encaja con exactitud en lo que precisa y poco de lo que quizá podría utilizar le parece fiable. El análisis de los datos secundarios le introduce, si quiere ser riguroso, en un laberinto de metodologías donde su tiempo y su paciencia, cuando no el objeto de su investigación y aun el mismo, se pierden o, en el mejor de los casos (si se hace el distraído), los datos utilizados trasladan a los resultados de su trabajo la duda sobre su validez o exactitud.

El uso generalizado de la informática y de los ordenadores, la perfección de los programas especializados para la producción y tratamiento de los datos sociológicos, eliminan de las investigaciones el error “contable”. Hoy, cualquier investigador, aunque se haya olvidado de sumar y nunca hubiera aprendido matemáticas por encima de las 4 reglas aritméticas, puede, sin que las máquinas que utilice se equivoquen, obtener combinaciones muy sofisticadas apretando la tecla adecuada, calcular muestras representativas aplicando fórmulas que incluyen “raíces y potencias de diverso grado”, producir, a partir de los datos de una encuesta, una ristra inagotable de tablas y gráficos, hacer análisis multivariantes, regresiones y otras virguerías que antes, no hace tanto tiempo, les estaban vedados y se reservaban a los centros estadísticos. El laberinto se complica y hoy cada uno es perfectamente capaz de crear su propio laberinto y de perderse en él sin necesidad de recurrir a los ajenos.

Paralelamente al desmesuramiento de la información el campo de la sociología se ve invadido por la que los investigadores arrancamos a las entrañas de la sociedad utilizando técnicas de todo tipo, y uno va de sobresalto en sobresalto, sin tiempo para conocer todos los datos que se producen y mucho menos para una vez valorados, incorporarlos a la propia actividad de investigación. Estar al día de lo que se produce en el campo de la sociología de la información supone un trabajo que agota la jornada de un equipo bien dotado de medios técnicos y que sólo se dedique a ello. Sin un soporte de recepción que clasifica, ordena, archiva, valora y enjuicia, el investigador o las “coge al vuelo” o se resigna a las bibliografías que le sitúan a él y a sus investigaciones sobre unas informaciones recogidas unos cuantos años antes y dudosamente los datos que allí obtiene son aplicables como punto de partida de su trabajo.

Con más o menos intensidad, según la capacidad de nuestros pulmones y la condición expansiva de nuestro carácter, todos suspiramos por tener a mano y permanentemente puesta al día la información básica sobre el sistema de enseñanza y bien ordenadas y valoradas a medida que se van produciendo las aportaciones y los avances conseguidos por cuantos se dedican a la investigación y van lentamente penetrando en el inagotable campo de cuanto se ignora y se pierde por los intersticios de la ciencia. Se trata, naturalmente, de una de las “liebres mecánicas” que nos fuerzan a la “carrera” y nos tienen con la “lengua fuera” sin que jamás podamos alcanzarlas.

El juego mismo de las metodologías colocadas como instrumentos de la actividad de conocer y esta actividad interrumpida a medio camino de su natural objetivo de

aprehender, apresar, lo conocido para transformarlo en propio, en ese uno mismo, realidad inestable que precisa de ejercer una fagocidad permanente sobre el medio para sobrevivir, tiene en sus forzadas limitaciones el artilugio desesperante de producir paralelamente a lo que alcanza, lo que se le escapa, la “liebre” que nos quita el resuello y que no hay “banco de datos” ni archivo informático que la logre atrapar y retener.

Las metodologías nos retienen en el laberinto de la información, del dato, que han producido, en tanto que el objeto del conocimiento se escurre, se escapa y desde fuera del laberinto nos hace ese gesto ya en desuso que hace que la mano cuando apoyado el pulgar en la punta de la nariz se mueve burlona delante de nosotros con un “palmo de narices”.

Las estructuras metodológicas que cuidadosamente conformamos secuenciando técnicas distributivas y estructurales para alcanzar el objetivo de conocimiento, la encuesta sobre un cuestionario cuidadosamente elaborado para que los ítems de cada pregunta cubran la totalidad del campo y capturen y encierren la información que da la respuesta para producir, significándola, el dato; los “grupos de discusión” que al filo de las “hablas” y aun de los “silencios” de sus componentes, en la “libertad vigilada” en la que se desenvuelven, entregan al analista lo que no dirían al contestar una encuesta y, si trabajan bien para él, conforman el discurso grupal analógicamente igual al que corresponde al grupo social que ha servido de referente al constituirle; las técnicas de reconversión que nos permiten enlazar la lógica matemática con la que medimos, a la lógica del lenguaje con la que nos expresamos; los elementos técnicos sobre los que se apoyan las generalizaciones, la exacta correspondencia representativa entre la muestra y el universo, el diseño acertado de la analogía de los grupos con sus referentes, el uso de las variables generales bien ajustadas a las que sugiere la realidad social de nuestro objeto de reconocimiento, y aún las “florituras” de alguna “entrevista en profundidad”, “observación participativa” y “reunión de trabajo” con grupos de expertos que añadimos para asegurar que en nuestro trabajo de campo no hemos dejado flecos y que nada se nos ha escapado; todo ese laberinto metodológico, en fin, que hemos construido a nuestra guisa, nos proporciona una enorme cantidad de información sobre el objeto, pero éste se nos escapa y “borrado” desaparece sustituido por su significación discursiva.

En este juego de espejos (el “espejismo” es un laberinto natural que se reproduce artificialmente en algunas ferias de atracciones), hay dos elementos al menos que me llaman a la reflexión:

- Las técnicas sociológicas que utilizamos los investigadores, al tiempo que producen una representación del objeto de conocimiento, lo “ocultan” o, dicho de otra forma, producen el campo de lo que sobre él se ignora.
- La producción de la “verdad” sobre el objeto del conocimiento se escapa de la actividad investigadora. Cuando la representación que de ella ha construido el investigador sale de sus manos, quien la recibe, si quiere y si tiene el poder suficiente, es quien, a partir de ella, transformará el objeto para que se ajuste a su representación y de esta forma es él quien completa el proceso de conocimiento: captura el objeto y, al ajustarlo a su representación, produce la “verdad” que potencialmente contiene la representación producida por el investigador, la que éste ha pretendido en vano, quien queda perdido en el laberinto de fantasmas al que le condenan los límites sociales que se imponen a su profesión.

Enfrentado a su objeto, la actividad de conocimiento a la que se entrega el investigador social utilizando con habilidad los instrumentos metodológicos que la sociología le

ofrece, consiste en producir una representación simbólica de ese objeto, representación que permite distinguirlo, reconocerlo, del campo más amplio en el que se encuentra incluido (confundido).

Como se trata de un objeto social le es preciso encontrar los elementos comunes que interiormente le homogeneizan, que le convierten en una unidad (objeto) a efectos de su conocimiento, y encontrar también los elementos que le son específicos, aquellos que le distinguen del continuo donde se encuentra situado, para así constituirle en su objeto.

Precisado e identificado el objeto, el problema está en producir una representación de las características que se señalen en los objetivos específicos asignados a la investigación: la participación escolar, el fracaso, la vocación enseñante en los profesores, la movilidad, la incidencia en los estudios del origen familiar de los escolares, la opinión de los padres sobre la reforma, el malestar docente, la relación de los títulos otorgados por el sistema con las exigencias del sistema productivo, etc.

La producción de la representación de una realidad social, tanto la que permite identificar al objeto, como “conocer” determinadas condiciones, características o extremos del mismo, se realiza (y aquí reaparece el laberinto metodológico) sobre la lógica taxonómica de la lengua y la de medida que proporciona la lógica matemática. La primera trabaja sobre lo diferente dentro de lo que es común, la segunda sobre lo que es común dentro de lo que es diferente, ambas y para conocer, del caos (infinitas combinaciones de elementos en permanente modificación) en que consiste toda realidad por muy simple que sea (y las realidades sociales, objetos de las investigaciones, no lo son), privilegian alguno de sus elementos, lo valoran como especialmente significativo y, al hacerlo, ocultan, ignoran o tachan todos los demás, produciendo así, no sólo un campo inmenso de ignorancia sobre el objeto que tratan de conocer, sino también la desaparición misma de este objeto del campo de la investigación sustituido por su representación.

Una encuesta en la que se somete al encuestado a la sencilla pregunta de cuál es su sexo y que cierra el campo del sexo de los encuestados sobre las dos posibles contestaciones: “hombre”/“mujer”, mide cuántas unidades (casos) dentro del universo observado, en la conformación de su identidad social, tienen registrada su condición sexual masculina y cuántos, ante la disyuntiva planteada, señalan con una cruz que su sexo social es el femenino. Así, sobre una clasificación taxonómica binaria, mide el registro o interiorización del “elemento social” sexo tal como el cuestionario lo ha puesto en juego, pero, a la par que produce ese dato, al privilegiar para obtenerlo sólo uno de los elementos y además únicamente en una de sus combinaciones sobre la infinita de las posibles, tacha (y en muchos casos “borra”) toda la profunda complejidad del sexo social. Produce un campo de ignorancia fronterizo del dato y por él negado. El objetivo real de su conocimiento se escapa y, para no ser groseros, no diremos que “de las manos”.

Así la encuesta, pregunta tras pregunta y sobre la letanía de sus ítems, va ofreciendo una larga ristra de datos que permiten conocer, sobre la población observada como unidad de medida, el grado de aceptación social de los elementos sociales que hayan sido privilegiados como significativos al construir el cuestionario, aunque paralelamente y por el mismo mecanismo se escape la realidad que hemos pretendido, quizá, capturar.

En el “grupo de discusión” la caza y acoso de la presa se realiza con mayor delicadeza. El analista tiende la trampa y, como quien no quiere la cosa, pone sobre la mesa un tema que no es el que a él le interesa, y espera pacientemente a que sean los miembros del grupo los que lleguen a él y sobre él discutan hasta llegar a un consenso (discurso grupal).

Si las cosas han marchado bien, si el grupo fue correctamente seleccionado para que sea la copia analógica del grupo social cuyo “discurso social” sobre la materia investigada se trata de conocer (lo que implica la utilización de las mismas variables generales que conforman el grupo referente, aquellas que le convierten en una unidad de análisis, es decir, un conjunto de elementos sociales comunes a todos los miembros del grupo referente, tales como el sexo, la edad, el estrato social, o aquellos que se consideren específicamente significativos al caso, lo que, a su vez, supone que para constituirlo se han tachado todas las demás diferencias), si el “tema-puente” ha funcionado y la conversación deriva hacia el lugar pretendido, las “hablas” de los participantes, en su progreso, “trabajan” para el analista y en su avance hacia el consenso van eliminando (tachando) todos los elementos sociales que no les son comunes. De esta forma la técnica pone en juego mecanismos idénticos a los que el sistema social, mediante el registro de elementos sociales, utiliza para la conformación de los grupos con intereses específicos y/o contradictorios a los de otros grupos sociales, y aun frente o al lado del poder social que, presente/ausente, en el grupo está representado por el analista. Gracias a esta simulación de la realidad, la técnica, al captar los elementos sociales registrados en la conformación del discurso grupal, capta la presencia de estos elementos en la realidad investigada.

La técnica, como resultado de la “caza y captura” del objeto, prende en el engaño únicamente a los elementos sociales sobre los que previamente se ha identificado el grupo social referente frente a otros grupos sociales con los que se relaciona, permite una cierta representación de la estructura social, pero de todas formas, aun cuando sigue el rastro de la realidad hasta la frontera de lo que sobre ella se ignora, esta técnica no logra capturar la pieza.

Aun cuando a la estructura metodológica utilizada se le añadan otras técnicas sociológicas distributivas o estructurales, aun cuando la investigación emprendida sea una investigación “micro” con un objeto limitado y para alcanzarlos se hayan empleado las baterías de grueso calibre de una observación directa prolongada y participativa en la que nada se escapa a la atenta mirada del analista, en el “informe” que clausura la investigación aparece sólo una representación simbólica de su objeto en la que éste ha sido reducido y simplificado por el orden significativo empleado, un orden que inevitablemente utiliza el mecanismo de privilegiar y en todo caso estabilizar, de la compleja infinidad y movimientos de los elementos que lo componen y en los que se descompone, aquellos que permiten o que pueden permitir conocerlo (aprehenderlo, apresarlos), lo que incluye desconocer, ignorar con la pretensión de tachar, cuanto se escapa al orden discursivo empleado.

El conocimiento en tanto instrumento de poder del sujeto que conoce, contiene la tensión hacia la “verdad” y, por ello, lo que ignora de la realidad “debe” ser tachado. Esta tensión abre el segundo punto de la reflexión.

Lo grave que se oculta tras la sencilla e inocente pregunta sobre el sexo del encuestado y sus dos posibles respuestas que comprenden la totalidad del campo que ha abierto para cerrarlo sobre esas dos posibilidades, no es la inmensidad de lo que ignora, sino su (pre)-tensión de ser “verdad” y el tremendo despliegue de poder que se emplea para producirla, para que la población nos dividamos en “hombres” y “mujeres” y nos comportemos como tales, con todo lo que implican esos elementos sociales que la pregunta ha puesto en juego.

La tensión del conocimiento hacia la verdad (anotamos que es la misma tensión que desencadena la apropiación: convertir en “propio”, en uno mismo, el medio para sobrevivir), se despliega en la compleja actividad de conocer que incluye desde la

producción de la representación (lo que desarrolla la investigación por los mecanismos metodológicos descritos) a su registro en el objeto conocido, es decir, la transformación de éste para que se ajuste a su representación y ésta llegue a ser y a ser verdad. Esta parte de la actividad de conocer escapa al investigador y la realiza el sujeto real de la acción de conocer o el poder capaz de registrar la representación efectuada, pero además se le escapan más cosas.

El investigador al producir la representación del objeto de su conocimiento, emplea para significarlo (privilegiar/ignorar del caos en que consiste) un orden valorativo que toma de la realidad tal y como ya está producida por el poder (pregunta al encuestado si es “hombre” o “mujer”, ignorando cualquier otro elemento que hace de su sexo lo que podría potencialmente ser si el poder no hubiera tachado, obturado, la actualización de su virtualidad), de esta forma asume la potencia operativa productora de la verdad científica de los datos secundarios recogidos en los “bancos de datos” y que el investigador utiliza en el laberinto de sus metodologías, un instrumento eficaz que le aporta la “sociología” utilizada por el poder, y así la representación producida contiene la (pre)-tensión de verdad de su cliente, si tiene poder y voluntad (interés) puede objetivar completando el proceso de conocimiento.

La división del trabajo en profesiones y especialidades, la división del conocimiento en disciplinas, la división de los procesos de transformación del medio en funciones separadas, la división del continuo de la materia en parcelas separadas para que pueda ser apropiado, la división de la población en propietarios y no propietarios, al división del poder en jerarquías desiguales según el que a cada cual le es atribuido. Todo ello, registrado como el resultado de un histórico y colosal proceso de conocimiento, es la verdad social objetiva producida por la espada y los cañones de los más fuertes, es el punto de partida y el orden significativo que se esconde en el laberinto metodológico de nuestras investigaciones, el orden con el que nos asomamos al campo de la ignorancia para conocerlo, “ignorantes” de que ha sido producido por la actividad de conocimiento, por la represión con la que se impone sobre el caos su (pre)-tensión de ser verdadero.

La cuestión de fondo a la que me remite esta reflexión sobre las metodologías (distributivas y estructurales) sociológicas se encuentra precisamente en la parcelación social del proceso de conocimiento (considerado como proceso de producción de la verdad), por cuanto que esta parcelación, por una parte, confina/limita la actividad de la investigación a la producción de la representación y deja escapar a su objeto para que sea apresado por el poder y que sea éste el que produzca o no la verdad que esa representación potencialmente contiene; y, por otra, para producir esa representación, la “ciencia”, también parcelada, le ofrezca los instrumentos y aun el orden significativo, las metodologías que el investigador tiene que aplicar.

Cuando se constata que las investigaciones sociológicas tienen por objeto, de una u otra forma, directa o indirectamente, una población (los grupos sociales, sus organizaciones, sus relaciones, sus comportamientos, sus hábitos, sus hábitat, sus actitudes, creencias u otros aspectos que de una u otra manera les conciernen, y las que desprende la sociología de la educación no son precisamente una excepción), los mecanismos en que consisten las metodologías que incluyen la tachadura de cuantos elementos no se privilegian como significativos, la (pre)-tensión de que sus resultados se registren para alcanzar la condición de “verdad”, y el hecho de que el proceso de conocer se encuentre parcelado y en último término dominado por quien tiene el poder de aplicarlo sobre el objeto para transformarlo y según sus intereses, muestran toda la gravedad del problema planteado.

La sociología, sin embargo, en uno de sus orígenes y en uno de sus ilustres progenitores, Carlos Marx, esbozó teóricamente y aun puso en marcha (aunque con cierta torpeza y error en el desarrollo de la práctica), una estructura metodológica hoy excluida del laberinto. Para ser más exacto, el laberinto metodológico se produce por la no aplicación o por la aplicación incorrecta en la práctica de esa estructura metodológica que Marx inaugura.

Las técnicas sociológicas dialécticas, que hoy asoman tímidamente la oreja en el universo de las investigaciones sociológicas, tienen, como su nombre indica, su precedente teórico en el pensamiento dialéctico y su antecedente práctico en las revoluciones proletarias que en estos tiempos se saldan en un estrepitoso fracaso.

El traer ahora a colación y en el campo de las metodologías sociológicas la aportación marxista a la sociología, reivindicando su protagonismo, su actualidad y su condición científica, puede ser interpretado (significado) de muchas maneras. Ese es el problema del lector, el mío es exponer con claridad lo que pienso sin dejarme influir demasiado por la “mala prensa” que hoy tiene el marxismo y por la desbandada que en las filas de ese pensamiento están produciendo los últimos acontecimientos.

Las técnicas sociológicas dialécticas tienen en común y de distinto de las técnicas sociológicas distributivas y estructurales:

Por una parte, reponen la unidad del proceso de conocimiento. Terminan o tratan de terminar con un despiezamiento que confina o limita la investigación a producir una representación de la realidad social de acuerdo con el orden que en ella se encuentra registrado (proclamándolo como verdad objetiva, a lo que la sociología crítica añade una significación valorativa). En estas técnicas, la actividad de conocimiento incluye la resignificación de la realidad social por parte del sujeto que conoce de acuerdo con su propia “autorreferencia”, necesidades e intereses en tanto distintos a los de la realidad objeto del conocimiento (los que en ella se encuentran registrados constituyendo su verdad objetiva), por lo que se reivindica el carácter “subjetivo” del conocimiento, se incluye también en la actividad de conocer del sujeto del conocimiento, el diseño de un proyecto para transformar la realidad social significada para que se ajuste a lo que se desprende de esa significación, por lo que se reivindica para el conocimiento la capacidad de producir su verdad; se incluye, por último, en la misma actividad de conocer, la transformación por el sujeto de la realidad significada y, de acuerdo con esa significación y con el proyecto diseñado para su modificación, se reivindica para el sujeto conocedor la culminación del conocimiento en la producción material de su verdad.

Esto es, repone la unidad de un proceso que hoy se encuentra dividido por el conjunto de parcelaciones registradas en la organización de la sociedad.

Por otra, estas técnicas dialécticas resitúan la capacidad y la actividad de conocer (la condición de sujeto de conocimiento) en todas: mujeres y hombres, por considerar que es esa actividad la que distingue a nuestra especie de las precedentes (el conocimiento está unido a la condición humana). Ni la división del trabajo, ni la distribución funcional de una población en la organización social, ni la división jerárquica, ni cualquier otra división por muy eficaz y operativa que aparezca, puede justificar, según el fundamento teórico de estas técnicas, el que se prive a ningún miembro de la sociedad su capacidad de conocer, de su condición humana.

La constatación de que por el despiezamiento de la actividad de conocer registrado en la sociedad la población se encuentra privada de esa capacidad de conocer y de su

ejercicio, obliga a que en estas técnicas sociológicas se incluya el mecanismo de desbloquearla y aun de producirla.

En su realización práctica, las técnicas sociológicas dialécticas nacidas del pensamiento de Marx, tomaron la forma de revolución proletaria. El conocimiento de la sociedad burguesa capitalista, de su estructura y de sus contradicciones, de la dinámica histórica que marcaba el sentido de su evolución y hacía posible su transformación en una sociedad sin clases, de seres humanos libres e iguales, su resignificación “científica”, contenía el proceso revolucionario de la transformación de su objeto, de la producción de su “verdad”. La “toma de conciencia” de los proletarios de su condición de clase última, clase explotada de la Historia, en antagonismo insalvable frente a la burguesía, suponía en el pensamiento de Marx su conversión en sujetos no sólo de la Historia, sino antes que otra cosa y más fundamentalmente en los sujetos del conocimiento que la comprendían, que la realizaba a la vez que conformaba, su “verdad”, su carácter “científico”. Lo que para él marca el final de la prehistoria y el principio de la historia de la humanidad es la historia hecha conscientemente por mujeres y hombres y para hombres y mujeres que habían, al recuperar la capacidad plena de conocer, recuperado esa condición humana de la que habían sido expropiados.

El diseño genial de las técnicas sociológicas dialécticas quedaba así escrito en la página en blanco del pensamiento. Lo malo es que quienes la transcribieron en la Historia cometieron errores de bulto. Sustituyeron a las personas por la clase, a ésta por el partido, al partido por sus dirigentes y a estos por el “padrecito”, y, en lugar de transformar la sociedad capitalista en una sociedad democrática, construyeron una dictadura bloqueando ellos mismos la virtualidad del pensamiento del que la revolución proletaria había nacido.

El cataclismo que ha producido el hundimiento del poder expropiado al pueblo en nombre del proletariado y que está alcanzando el más modesto de los dirigentes del más modesto de los partidos comunistas, libera al pensamiento de Marx del marxismo y permite que en el campo de la investigación y de la práctica de la sociología aparezcan las técnicas dialécticas como una salida del laberinto metodológico en el que se pierden (nos perdemos) los investigadores.

Se trata de simple coherencia democrática. Si el objeto de la sociología es el conocimiento de la sociedad y/o de alguna de sus partes con el fin de transformarla para que vaya ajustándose a ser lo que proclama: la organización social de la que se dotan sus miembros para poder desplegar en armonía todas sus potencialidades, parece evidente que el sujeto de esta actividad no puede ser otro que los miembros de la sociedad y/o de cada una de sus partes.

Las técnicas sociológicas dialécticas ensayan llevar adelante, en la práctica, lo que en teoría admitimos: colocar a la población en la posición del sujeto que conoce sacándole de la posición del objeto a conocer en que hoy se encuentra por el ejercicio de la sociología y, al propio tiempo, devolver a la actividad de conocimiento de la sociedad su quehacer “natural” contenido en la (pre)-tensión de ser “verdad” que tiene todo conocimiento, para desde ella transformar el medio para que se ajuste a la verdad valorativa (subjetiva) producida por el sujeto de conocimiento. Esa es la sociología que reclama una sociedad democrática.

Entre nosotros ha sido Jesús Ibáñez quien ha introducido la reflexión sobre la relación que existe entre las técnicas sociológicas y las lógicas que las presiden, con la estructura social, al señalar que las “distributivas”, que siguen una lógica matemática,

corresponden al capitalismo de producción (la “encuesta” es la técnica paradigmática de este grupo), las “estructurales”, cuyo paradigma es el “grupo de discusión”, se ajustan a la lógica del lenguaje y a un capitalismo de consumo, y al colocar a las técnicas dialécticas sobre el futuro todavía incierto de las transformaciones democráticas. En estas técnicas señala como paradigmática a la “asamblea” (sujeto social colectivo capaz de conocer/transformar a la sociedad o a alguna de sus partes).

La “asamblea” como técnica sociológica es hoy un sueño o una utopía; cuantos ensayos se han realizado para que funcione como instrumento y organización social del conocimiento/transformación han fracasado. La función social de la “asamblea” se ha limitado a la de toma de decisiones sobre opciones alternativas previamente producidas desde su exterioridad, y, en el mejor de los casos, previo un período de información a sus miembros, información producida y significada también desde fuera de la “asamblea”, y es en esos afueras y exterioridades donde se realiza una buena parte de las actividades en que consiste el conocimiento y su (pre)-tensión de verdad. Los mecanismos mismos de constitución, organización y funcionamiento de la “asamblea” son escasamente operativos y me temo que en la mayor parte de los casos escasamente democráticos.

Este problema no puede obviarse y la existencia de la sociología como disciplina científica y de los sociólogos como “capacitados” socialmente para ejercerla, nos dan la clave, o al menos una de ellas, para ensayar resolverlo y para la comprensión de lo que hoy llamamos “técnicas sociológicas dialécticas”.

En la base del problema se encuentra la cuestión de “la capacidad de los que teóricamente deben conformar la asamblea en tanto técnica de conocimiento”, su capacidad de conocer en sentido pleno (significar al objeto, diseñar el proyecto para su transformación y transformarlo para ajustarlo al proyecto), ya que el ejercicio de esta capacidad compleja se encuentra hoy funcionalmente dividido en una multitud de grupos sociales con diversas profesiones organizados en relaciones asimétricas según los poderes que tengan socialmente atribuidos, y todo ello se forma no siempre ni siquiera generalmente democrática, lo que hace que en las personas teóricamente miembros de la “asamblea” aparezcan capacidades desplegadas y desarrolladas junto a capacidades virtualmente existentes pero bloqueadas, cuando no desaparecidas en la práctica.

Estas capacidades/incapacidades individuales relativas, desigualmente distribuidas entre los miembros de una posible “asamblea”, en cuanto dificultad real de esta técnica, se dobla por una segunda incapacidad que, para distinguirla de la primera que afecta al poder individual, calificamos de social. Incapacidad de coordinarse y ponerse de acuerdo para realizar actividades posibles socialmente pero imposibles si pretenden realizarse individualmente, como, por cierto, son la casi totalidad de las que requieren el conocimiento que estamos considerando como actividades de la “asamblea”.

Las técnicas dialécticas que hoy empiezan a desarrollarse en el campo de la investigación sociológica, se enfrentan con esta base previa del problema, ya que sin resolverla parece inútil plantear su paradigma: la “asamblea”.

En una sociedad que tiene la (pre)-tensión (la búsqueda y el registro de su verdad a través del conocimiento) de llegar a ser democrática, este tercer grupo de técnicas, las dialécticas, señalan en el laberinto de las metodologías la salida acorde con el sentido de la historia que hoy puede encontrar quien se dedica a la investigación sociológica o proceso de conocimiento/transformación de la sociedad o de alguna de sus partes.

Mi reflexión aquí termina, está hecha desde el centro del laberinto y desde el quehacer cotidiano de la investigación. Reflexionar sobre las metodologías que empleamos es

investigar la investigación sociológica, único objeto de conocimiento que quizá esté en nuestras manos conocer y en consecuencia transformar.

Colocados como una pieza en el proceso por el que el sistema social conoce la sociedad en que se organiza, producimos sus representaciones significadas para que desde otros lugares se realice o no se realice la (pre)-tensión de verdad con la que hemos cargado la representación producida.

Al adentrarnos en las metodologías y reflexionar sobre ellas, vemos o podemos ver el laberinto: lo que descubre la sociología, como si fuera la “verdad objetiva”, es lo que previamente ha sido registrado y pertenece a la subjetividad del poder sistémico, la imagen del poder en un espejo cuando es el poder el que se mira.

La sociología, encerrada en el laberinto, es como el “espejo de la madrastra de Blanca Nieves” que al juzgar la belleza del universo lo hace tomando como equivalente la belleza de aquella que mirándose en él a él se lo pregunta.

Las técnicas dialécticas permiten a la sociología que sea otro el poder que la utilice, otros los equivalentes con los que medir la sociedad (su objeto) y otros valores con los que significarla. Ensayan colocar a los ciudadanos frente al espejo para que sean ellos los que produzcan su verdad y ellos quienes la registren construyendo democráticamente la sociedad a su medida.